

fensa entera. Esa calma imperturbable, esa completa abnegación de sí misma, que no revela ningún remordimiento ante la muerte, calma y abnegación, que aunque sublimes bajo un aspecto, no lo son en la naturaleza, solo pueden explicarse teniendo en cuenta la exaltación del fanatismo que ha puesto el puñal en su mano. A vosotros toca juzgar la influencia que un fanatismo de esta clase debe ejercer en la balanza de la justicia. Apelo á vuestras conciencias.»

Los jurados votaron por unanimidad la pena de muerte. Sin palidecer oyó Carlota la sentencia. Habiéndola preguntado el presidente si tenía algo que alegar respecto á la naturaleza de la pena que se le había impuesto, desdenó responder; y acercándose á su defensor: «Caballero, le dijo con penetrante y dulce voz, me habeis defendido segun mis deseos, y os doy gracias; os soy deudora de un testimonio de mi reconocimiento y de mi cariño, os lo ofrezco digno de vos. Esos señores (señalando á los jueces) acaban de declarar mis bienes confiscados; debo alguna cantidad en la cárcel y os lego esta deuda, á fin de que la satisfagais por mí.»

Durante el interrogatorio, y mientras que los jurados tomaban acta de sus contestaciones, notó en el auditorio un pintor que dibujaba su fisonomía. Sin interrumpirse, habíase vuelto complacida y sonriéndose hácia el artista para que pudiese retratar mejor su imágen. Pensaba en la inmortalidad. Descansaba ya ante el porvenir.

XXXIV.

Detrás del pintor, un jóven cuyos cabellos rubios, ojos azules, y pálido rostro atestiguaban ser hijo del Norte, se levantaba de puntillas á fin de contemplar mas á su sa-

bor á la acusada. Tenia los ojos clavados sobre ella, como un fantasma cuya mirada hubiese adquirido la inmovilidad de la muerte. A cada contestación de la jóven, el sentido viril y el tono femenino de esta voz le hacian sentir frio calenturiento y cambiar de color. Parecia devorar con sus ojos sus palabras y asociarse por la acción, por la actitud y el entusiasmo á los sentimientos que la acusada espresaba. Muchas veces, no pudiendo contener su emoción, provocó por exclamaciones involuntarias los murmullos del auditorio y la atención de Carlota Corday. En el momento en que el presidente pronunció la sentencia de muerte, levantóse el jóven con la actitud de un hombre que protesta en su corazón, sentándose repentinamente como si las fuerzas le faltasen. Carlota, aunque insensible á su propia suerte, vió este movimiento. Comprendió que en el instante en que todo sobre la tierra la abandonaba, un alma se confundía con la suya, y que en medio de aquella multitud indiferente ó enemiga, contaba con un amigo desconocido. Su mirada le dió las gracias. Fué la sola plática que en este mundo tuvieron.

Aquel jóven desconocido era Adan Lux, republicano alemán enviado á París por los revolucionarios de Maguncia para combinar los movimientos de Alemania con los de Francia en la comun causa de la razón humana y de la libertad de los pueblos. Sus ojos siguieron á la acusada hasta el momento en que desapareció entre los sables de los gendarmes, bajo la bóveda de la escalera. Su pensamiento no le abandonó jamás.

XXXV.

De vuelta ya en la Consergeria, para salir en breves instantes hácia el cadalso, Carlota Corday sonrió ante sus

compañeros de cárcel que estaban alineados en los patios y corredores para verla pasar. Al alcaide le dijo, «Creía que almorzaríamos juntos; mas los jueces me han tenido allá arriba tan largo tiempo, que es necesario me perdonéis el haber faltado á mi palabra.» Entró el verdugo. Pidióle un minuto para acabar una carta principiada. Esta carta no muestra ni debilidad ni eternecimiento: es el grito de la amistad indignada, que quiere dejar un cargo inmortal á la cobardía de un abandono. Dirigíase á Doulcet de Pontecoulant á quien habia conocido en casa de su tia, y á quien creía haber invocado en valde pera defensor. He aquí la esquila: «Doulcet de Pontecoulant, es un cobarde por haber rehusado defenderme cuando la cuestion era tan clara. El que lo ha hecho, ha llenado su encargo con toda la dignidad posible. Mi reconocimiento para con él, durará hasta mi último momento.» Esta venganza heria sin razon al que acusaba desde el borde de la tumba. El jóven Pontecoulant, ausente de París, no habia recibido su carta; para contar con la seguridad de su aceptación, basta atender á su generosidad y valor. Carlota llevó al cadalso un error y una injusticia.

El artista que habia bosquejado la fisonomía de Carlota Corday ante el tribunal, era Mr. Hauer, pintor y oficial de la guardia nacional de la seccion del Teatro francés. Encerrada en el calabozo, rogó al alcaide le dejase entrar para concluir su obra. Mr. Hauer fué introducido. Dióle gracias Carlota por el interés que parecia tomar por su suerte, y se situó con serenidad ante él. Se hubiese dicho que permitiéndole trasmitir sus facciones y fisonomía á la posteridad, le encargaba igualmente el trasmitir su alma y patriotismo visibles á las generaciones venideras. Habló con Mr. Hauer de su arte, del acontecimiento del día, y de la paz que originaba el acto que habia consumado. Habló de sus amigas de la niñez, de Caen, y rogó al artista que copiasé mas en pequeño el

retrato que ejecutaba, y que enviase la miniatura á su familia.

Durante esta conversacion, entrecortada algunos momentos, oyóse golpear lentamente á la puerta del calabozo que se hallaba detrás de la acusada. Abrieron la puerta y se presentó el verdugo. Carlota, volviéndose al ruido, vió las tijeras y la túnica colorada que el ejecutor tenia bajo el brazo. Su rostro palideció y tembló de horror á la vista de este trage. «¡Tan pronto!» exclamó involuntariamente. Rehizose al momento, y arrojando una mirada al retrato aun no concluido. «Caballero, dijo al artista con una sonrisa triste y bondadosa, no se cómo recompensaros el interés que os habeis tomado por mí; únicamente puedo ofrecer os esto; conservadlo en memoria de vuestra bondad y de mi reconocimiento.» Diciendo estas palabras, cogió las tijeras de la mano del verdugo, y cortando una trenza de sus largos cabellos rubios-cenicientos, que se escapaban de la gorra, la presentó á Mr. Hauer. A estas palabras y ademán se asomaron las lágrimas á los ojos de los gendarmes y del verdugo.

La familia de Mr. Hauer posee aun este retrato, interrumpido por la muerte: la cabeza es lo que únicamente está pintada. Pero el pintor que siguió mirando los preparativos del cadalso, quedó tan admirado del efecto del esplendor siniestro que la túnica encarnada añadía á la beldad del modelo, que despues del suplicio de Carlota la hermoseó con este trage.

Un sacerdote autorizado por el acusador público, se presentó segun la costumbre, para ofrecerla los consuelos de la religion. «Dad gracias, le dijo, con afectuoso donaire á los que han tenido la atencion de enviaros; mas yo no tengo necesidad de vuestro ministerio: la sangre que he derramado y la mia que va á verterse son los solos sacrificios que puedo ofrecer al Eterno.» El ejecutor le cortó los cabellos que ella recogió, mirándolos por

última vez, entregándoselos luego á madama Richard; le anudó las manos y le ciñó la túnica de los ajusticiados. «Ved, dijo sonriéndose, el tocador de la muerte hecho por manos algo rudas, pero que conduce á la inmortalidad.»

En el momento en que subió á la carreta para marchar al suplicio, una tempestad estalló sobre París. Los relámpagos y la lluvia no dispersaron la multitud que embarazaba las plazas, los puentes y las calles, tránsito del cortejo. Tropel de mugeres encolerizadas, la acompañaban con su maldición. Insensible Carlota á tales ultrajes, paseaba su mirar radiante de serenidad sobre el pueblo.

XXXVI.

El cielo se había despejado. La lluvia ceñía sus vestidos sobre sus miembros, y dibujaba bajo el húmedo tegido los agraciados contornos de su cuerpo, como los de una muger al salir de un baño. Sus manos atadas á la espalda, le obligaban á levantar la cabeza, y esta contracción muscular daba mas firmeza á su actitud; destacando las curvas de su talle. El sol, pronto á ocultarse, iluminaba su frente con sus rayos semejantes á una aureola. El colorido de sus mejillas que resaltaba con los reflejos de la colorada túnica, daban á su rostro un esplendor que ofuscaba la vista. Ignorábase si era el apoteosis ó el suplicio de la beldad, lo que originaba este tumultuoso cortejo, Robespierre, Danton, Camilo, Desmoulin, habían salido al tránsito para divisarla. Cuantos sentían el presentimiento del asesinato tenían curiosidad para estudiar en su fisonomía, el fanatismo que mañana podía amenazarlos. Carlota se semejava á la venganza celeste satisfecha y trasfigurada. A veces parecia buscar entre aque-

los millares de rostros, una mirada simpática, sobre la que pudiese reposar la suya. Adam Lux aguardaba la carreta á la entrada de la calle de San Honorato, y siguió piadosamente las ruedas hasta al pié del cadalso. El imprimió en su corazón, dice él mismo, aquella inalterable tranquilidad en medio de los bárbaros aullidos de la multitud, aquella mirada tan dulce y penetrante, aquellos resplandores vivos y lánguidos que huían como pensamientos inflamados de sus bellos ojos, con los que hablaba un alma tan varonil como tierna; ojos encantadores capaces de conmover una roca, exclamaba.... «Recuerdos únicos ó inmortales, añadía, que rompieron mi corazón y le llenaron de emociones hasta entonces desconocidas; emociones cuya dulzura, así como el pesar solo morirán al exhalar yo el último aliento. Santificad el sitio de su suplicio y elevad en él una estatua que diga: ¡Mas grande que Bruto! Morir por ella, y como ella ser abofeteado por la mano del verdugo, sentir al dejar el mundo el frío del mismo cuchillo que cortó la angélica cabeza de Carlota, asemejarme á ella en el heroísmo, en la libertad, en el amor y en la muerte, ved desde ahora mis únicos votos. Jamás me igualaré á aquella sublime virtud; mas acaso, ¿no es natural que el objeto adorado sobrepuje al adorador?»

XXXVII.

De este modo un amor entusiasta é inmaterial, muerto con la última mirada de la víctima, la acompañó, sin saberlo, paso á paso hasta el cadalso, disponiéndose á seguirla para alcanzar con su guía y su ideal, la eterna unión de las almas. Paróse la carreta. Carlota palideció al ver el instrumento del suplicio. Recobró prontamente

sus colores naturales y subió los resbaladizos escalones del cadalso con un paso tan firme y tan ligero como le permitian su túnica y sus manos atadas. Cuando el ejecutor para descubrir su cuello, arrancó la pañoleta que cubría su pecho, el pudor humillado le causó mas emoción que la cercana muerte; pero recobrando su serenidad y animada por un fervor casi gozoso presentó su cuello bajo el hacha y su cabeza rodó dando botes. Uno de los ayudantes del verdugo, llamado Legros, tomó la cabeza con una mano, abofeteándola con la otra; vil adulacion ofrecida al pueblo. Dicese que las mejillas de Carlota se enrojecieron, como si la dignidad y el pudor hubiesen sobrevivido un momento al sentimiento de la vida. La irritada multitud no aceptó el homenaje. Una sensación de horror recorrió la muchedumbre y pidió venganza de esta indignidad. Como quiera, la violacion de la humanidad no paró en esto. La curiosidad infame de las maratistas, buscó hasta en los restos inanimados de la joven pruebas del vicio con el que sus calumniadores querian profanarla. Su virtud encontró un testigo, donde sus enemigos buscaban el deshonor. Esta profanacion de la beldad y de la muerte, atestigua la inocencia de sus hábitos y la pureza de su cuerpo.

XXXVIII.

Tal fué el fin de Marat. Tales fueron la vida y muerte de Carlota Corday. La historia no se atreve á santificar ante el asesinato, ni á condenar ante el heroismo. El juicio sobre tal acto situa el alma en esa congojosa alternativa de despreciar la virtud ó loar el crimen. Como al pintor que temiendo no dar la espresion complexa de un sentimiento misto, arroja un velo sobre la figura de su modelo

y deja un problema al espectador, es necesario arrojar este misterio para debatirlo eternamente en el abismo de la conciencia humana. Existen cosas que el hombre no debe juzgar, y que suben sin intermediacion ni llamamiento al tribunal directo de Dios. Hay actos humanos en tal manera mezclados de debilidad y fuerza, de intencion pura y medios culpables, de error y de verdad, de muerte y martirio, que no pueden calificarse con una sola palabra y que no se sabe si llamarles crimen ó virtud. La culpable abnegacion de Carlota es del número de estos actos que, la admiracion y el horror dejarian eternamente en duda, si la moral no los reprobare. Por lo que á nosotros toca, si encontrar pudiésemos para esta sublime libertadora de su país y para esta generosa asesina de la tiranía, un nombre que á la vez encerrase el entusiasmo de nuestra emocion hácia ella y la severidad de nuestro juicio respecto á su acto, crearíamos una palabra que reuniese los dos extremos de la admiracion y del horror en la lengua de los hombres y la llamaríamos el ángel del asesinato.

Pocos dias despues del suplicio, Adam Lux publicó la apologia de Carlota Corday, y se asoció á su atentado para asociarse á su martirio. Arrestado por esta audaz provocacion fué encerrado en la Abadía. Lux esclamaba al pasar el umbral de la cárcel. «Voy á morir por ella.» Asi fué en efecto; murió bien pronto, saludando como el altar de la libertad y del amor, el cadalso que la sangre de su amiga habia consagrado.

El heroismo de Carlota Corday, fué loado por Andrés Chénier, quien bien pronto debia morir por la patria comun de las grandes almas: la verdadera libertad. La poesia de todos los pueblos se apodera del nombre de Carlota Corday, para amedrentar á los tiranos. «¿Qué tumba es esa? canta el poeta aleman Klopstock.—Es la tumba de Carlota. Vamos á coger flores y á deshojarlas sobre sus cenizas, porque ha muerto por la patria.—No, no, no co-

ger nada.—Vamos á buscar un desmayo y á plantarle sobre el césped, porque ha muerto por la patria.—No, no, no planteis nada, pero llorad, y que vuestras lágrimas sean de sangre, porque ha muerto en vano, por la libertad.»

Al saber desde su cárcel el crimen, la sentencia y muerte de Carlota Corday, Vergniaud exclamó: «Ella nos mata, pero nos enseña á morir.»



LIBRO CUARENTA Y CINCO.

Apoteosis de Marat.—Los girondinos abandonan la Normandía.—Retirada de los ejércitos franceses.—Sométense los departamentos insurreccionados.—Custine es llamado á París.—Robespierre combate la anarquía.—Descontento de Danton.—Desarrolla Robespierre sus teorías.—Reorganización del comité de salvación pública.—Domina en él Robespierre.—Fiesta de la nueva Constitución.—Manifiesto á la Convención.—Decretos.—Movimiento de los patriotas.—Esecos.—Suplicios.—Maximum.—Reorganización del tribunal revolucionario.—Merlin de Douai.—Ley de los sospechosos.—Prisioneros insuficientes.—El Terror.—Su objeto.

I.

La virtud mas pura se engaña siempre en sus deseos cuando se vale de la mano y el arma del crimen. La sangre de Marat embriagó al pueblo. La Montaña, Robespierre y Danton, dichosos por verse libres de aquel rival en quien tenían su imperio sobre la multitud, arrojaron su cadáver al populacho para que hiciese de él su ídolo. Sus funerales mas parecieron una apoteosis que un duelo. La Convención dió el culto de Marat en diversión á la anarquía. Al que se avergonzaba de contarlo como colega le dejó que le tratase como á un Dios. La misma noche